

Dossier | Mujeres y humanismo: reflexiones,  
críticas y aportes

# MERENDA Y LA SELVA

## como espacio idílico-amoroso

Óscar Gerardo Alvarado Vega

Universidad de Costa Rica  
San Pedro, San José, Costa Rica  
[oscar.alvaradovega@ucr.ac.cr](mailto:oscar.alvaradovega@ucr.ac.cr)

<https://orcid.org/0000-0003-3897-0232>

Recibido: 07 de octubre de 2021

Aceptado: 10 de noviembre de 2021

### RESUMEN

En este texto se intenta establecer un acercamiento entre lo que representa Merenda, la protagonista de *Merenda: un romance en las selvas del trópico* (1998), y su nombre como significado central en la novela, en su relación con Francis. La historia de amor que se teje entre ambos es el signo claro de lo que representa el desplazamiento de Merenda como sujeto equivalente a la selva. Ella es la selva; de allí que confirme su relación de amor con Francis, un amor doble: el encuentro con el paraíso y con la mujer amada, en una fusión metafórica plena para él.

**Palabras clave:** selva; idilio; búsqueda existencial; naturaleza; símbolo; humanismo.

### Merenda and the jungle as an idyll loving space

### ABSTRACT

In this text we try to establish a close up between what Merenda represents and her name as the main idea in the novel, and in her relationship with Francis. The love story weaved between these two is the clear sign of what Miranda's displacement represents as an equivalent subject from the jungle. She is the jungle, from here is confirmed her love relation with Francis, a double love, encounter with paradise, and the one with the beloved woman in a metaphoric fusion for him.

**Keywords:** jungle; idyll; search existential; nature; symbol; humanism.

La novela *Merenda: un romance en las selvas del trópico* de Alexander Skutch, publicada en 1998, refiere, ya desde el inicio, la descripción del entorno idílico que ha de permear toda la obra. La descripción, casi con tintes barrocos, contribuye a establecer o crear una especie de pintura, de “lectura impresionista” que contribuye a la idea clara del entorno que va percibiendo el lector en cada página del texto:

Los dispersos árboles de pino, roble y jaúl que sombreaban el camino en las frías tierras altas habían sido reemplazadas por una multitud de diferentes especies con follaje oscuro y lustroso, cuyas ramas inmensas se entrelazaban arriba del estrecho sendero e interceptaban los rayos del sol. En estos bosques sombríos cantaban pensativamente los jilgueros apizarrados con notas fluidas de estudiada dulzura; y de vez en cuando, sobre las cumbres más elevadas un quetzal resplandeciente se lanzaba desde la copa de un árbol trazando un curso ondulatorio a través de una profunda cañada hacia el abrigo del follaje del lado opuesto; una visión inolvidable de centelleante verde, carmesí y blanco, con su largo tren de delgadas plumas tremolando detrás como gallardete agitado por un alegre vientecillo. (Skutch, 1997, p. 6)

La literatura permea un discurso, una reflexión, una visión de mundo que viene acorde con la perspectiva de Merenda. Si el Humanismo plantea la necesidad de redescubrir al ser humano, Merenda no solo se descubre sino que le permite a Francis participar de ese nuevo descubrimiento, no solo del entorno idílico, sino de sí mismo. Merenda defiende valores que son los que en definitiva transmite a Francis en ese proceso de mutua conquista y afecto.

A partir de lo anterior, se deduce que en ese espacio Francis, el personaje que se adentra en la selva en busca de un sueño de conocimiento, emprende un viaje que ha de llevarlo más allá de ese conocimiento: a una relación distinta con la naturaleza, con el medio, y es allí donde encuentra el amor que le representa Merenda, símbolo de esa armonía entre el ser humano y la selva agreste, pero hermosa. Por ello, en sus viajes, Francis emprende una búsqueda que tiene como asidero fundamental su propia búsqueda de un pueblo, de un mundo en total armonía con el medio. Es la búsqueda de los seres humanos, insertos en la selva, que encuentran en esta la tranquilidad, la paz y la comodidad de un mundo diferente, distinto al de los demás pueblos que ha encontrado a su paso, revestidos de pobreza, de carencia, de hambre, de abandono, de una miseria extrema en los cuales seres humanos y animales ven pasar la vida mientras sus vacíos predominan sobre todo. Su anhelo es el de su propio sueño, la estabilidad, encontrar un lugar donde establecerse, un espacio idílico acorde con su espíritu soñador. No es casual que Merenda, cuando por fin la encuentra, venga a llenar ese espacio necesario:

Recordaba las muchísimas veces en que, mientras vagabundeaba por dos continentes recogiendo diversos productos vivientes de sus bosques y estepas, había contemplado desde el paso de una elevada montaña un lindo valle abrigado con tal seguridad entre impenetrables alturas que parecía más allá del alcance del tiempo; o se había detenido en la cuesta de un sendero para mirar a través de una fértil planicie cierta aldea tranquila de paredes encaladas y techos rojos, reposando serenamente en la distancia entre huertos y maizales; y al ver aquello, su espíritu se entusiasmaba con la suposición de que aquí al fin reconocía la tierra prometida. Luego, tras una larga pausa contemplativa, solía reanudar la marcha con la esperanza de que tras años de vagabundeo estaba a punto de entrar en la utopía de sus sueños. Su aguda imaginación poblaba la encantadora escena de humanos más felices que los que conociera hasta entonces, de mente más elevada y aspecto más noble, más generosos con sus vecinos, amables con los animales que dependían de ellos; hombres y mujeres que habían aprendido a vivir con simplicidad pero bellamente de los productos de su propia labor, y en armonía con las criaturas libres que les rodeaban. Si encontraba esta bendita gente con cuya existencia había soñado tan a menudo, él terminaría su vida errante para morar entre ellos y llegar a ser uno de ellos, si ellos lo encontraban digno de serlo. Él, que por largo tiempo había estado solo y sin hogar haría su casa, y quizás escogería a la compañera de subida y se ganaría el sustento, simple y humildemente con sus propias manos o el producto de su tierra. (Skutch, 1997, pp. 9-10)

Por su parte, el humanismo plantea el valor del ser humano como aspecto fundamental, pero ese valor implica una concepción de mundo, una perspectiva, alrededor de la cual se teje y manifiesta el pensamiento de Merenda: una defensa a ultranza de su mundo, el de la selva, en su relación armónica con los animales, con la flora, con su espacio vital. Y dentro de ello de igual manera establece, desde esta perspectiva, un compromiso con la búsqueda de una verdad, de su verdad.

Al lado de ello, la naturaleza se convierte en ser vivo, en espacio de encuentro de flora y fauna, de las cuales va aprendiendo y disfrutando Francis. Su viaje de conocimiento es también de apropiación de nuevas experiencias, de enriquecimiento en torno a lo que representa un mundo distante y diferente, del cual Merenda es precisamente el personaje que termina por insertar a este en ese espacio que se le convierte en el mundo idealizado.

La niñez y la cercanía de Merenda a su adolescencia dejan en Francis la idea de una mujer hermosa, de la cual se enamora de inmediato. Pero su relación con la naturaleza, el entorno paradisíaco que representa la selva, y la comunión de esta para con ella, terminan por convencer a Francis de que aquella criatura especial es la mujer con la cual añora y anhela pasar su vida. La belleza de esta entra en armonía con la majestuosidad que le representa el entorno en el cual se mueve.

Merenda se convierte en la promesa, lo cual la asimila al mundo en el cual ha crecido, pues ya Francis ha dispuesto construir su espacio vital en un medio como este. La aparición de la joven mujer representa la culminación de su búsqueda y el fin de su travesía. En ese mundo de supersticiones, de peligros y de encanto, poco a poco se irá

tejiendo la historia de ambos, donde el símbolo de las diferencias termina por borrarse, lo cual le confiere la idea de una relación armónica posible entre el ser humano y la naturaleza, un diálogo al que se puede aspirar.

Merenda posee una ética con respecto a su visión de mundo. Posee unos valores con respecto a su entorno tales que, a diferencia de la gran mayoría, la convierten en un sujeto casi mágico, distante, ajeno y extraño. Ella ogra comunicarse con ese mundo en el cual vive y desde allí ejerce su razón, lee e interpreta su espacio. Sus valores no son los de los otros. Incluso al propio Francis le cuesta insertarse en el mundo de ella, pero al lograrlo pasa por el filtro de la educación que esta le ofrece, un aprendizaje que lo lleva a evolucionar en su visión de mundo.

Francis lucha contra la hostilidad imperante y logra llegar a Merenda, la cual interpreta en él su compromiso para con el medio. Su huída primera es solo el tránsito que ha de permitir luego un acercamiento en el que la comunión relacionada con el mundo que rodea a Merenda, termina por asimilarlos a ambos. El deseo de conocimiento que lleva implícito Francis, motivo por el cual desea llegar hasta aquella, termina por convertirse en el compromiso de los dos. Merenda es la promesa inalcanzable primera, que deriva en una relación intrínseca con la naturaleza: Merenda es la naturaleza y de allí la obsesión de Francis.

El encuentro de estos supone la posibilidad de Francis de adentrarse en un mundo desconocido, al cual Merenda ha de abrirle las puertas y otorgarle un conocimiento que está más allá de la academia y de los trabajos científicos. El saber de Merenda es un conocimiento propio de su vida en un medio desconocido, inaccesible casi, pero “mágico” para Francis. De hecho, la construcción misteriosa en principio que se hace de la joven, es parte del elemento cautivador que permea el interés del joven científico. Ella es lo desconocido de lo que se desea un mayor acceso, es lo ajeno, sin que por ello se convierta en inmarcesible.

La Humanitas permite una visión integradora de valores, lo cual es justo lo que ocurre con la joven pareja. Es por ello que en esa interrelación los dos jóvenes se dan espacio para poder transformar y transformarse, conocer y aprender a conocer. Es un proceso de mutuo enriquecimiento.

Su forma de caminar por la selva, de pasar inadvertida, de hacerse evidente cuando lo desea, de comunicarse con los animales de la selva, de entender la justicia y la injusticia, y de establecer su relación no solo con ese medio, sino con el exterior, hacen de Merenda un personaje que deja de lado el papel antropocéntrico del hombre en la naturaleza, y se convierte en un elemento más, en una parte más de ese medio, capaz de defender a la misma en las condiciones que le resulten necesarias para ello:

-Bastante, Merenda –replicó él-la Tierra guarda mucha sabiduría que no se enseña en las escuelas ni se registra en los libros. Yo quiero conocer las maneras del bosque por medio tuyo. Las he estudiado mucho pero siempre como un extraño -Se tocó el machete que colgaba a su lado- Mira, yo soy como los trabajadores de las plantaciones y raras veces camino en el bosque sin mi machete. Lo cruzamos como extranjeros, debemos tajar y luchar para forzarlo a que se nos entregue. Pero tú eres una niña de los árboles, entre ellos te sientes en casa. Correteas en el bosque sin herirlo, él te abre paso; con manos desnudas lo cruzas más rápidamente que nosotros con nuestro acero rompiendo abra. Las aves no temen de ti. Sería feliz si tú pudieras mostrarme qué hacer para que ellos no teman de mí.

Ella brincó subiendo a la roca de nuevo, mientras él permanecía al lado.

-Pero yo no soy maestra –replicó- No sabría cómo enseñarte lo que nadie me ha enseñado. Crecí en el bosque y nunca he dañado intencionalmente a sus criaturas. No recuerdo que los pájaros o los venados o los tímidos agutíes me hayan temido nunca. (Skutch, 1997, pp. 54-55)

Merenda, en su encuentro con Francis, le enseña parte de lo que ella posee como conocimiento casi primigenio. El canto de los pájaros, e incluso el nombre, el poder del nombre y lo que este pueda sugerir de acuerdo con sus sonidos, más que con un convencionalismo, le produce a Francis la idea de que en verdad Merenda es parte intrínseca de un medio que aún a él le resulta ajeno, y que su teoría no es suficiente para asir plenamente.

El humanismo plantea una visión integral, aspira a que el ser humano participe de esta, y es ello lo que va logrando el propio Francis, sin que esto implique que la misma Merenda aprenda también de este. Ambos se ven insertos en esta forma de hacer, de pensar, de sentir, de ser, de reaprender y de interpretar el mundo con una mirada diferente, desde una óptica antes desconocida.

Por tal razón, en ese adentrarse en la selva y en sus misterios, lentamente la joven le va mostrando los nidos inaccesibles para los demás hombres, los espacios donde se ocultan las aves que vigilan sus nidos y sus huevos, los huecos en los cuales la madriguera de algunos animales permanece escondida como un misterio. El saber empírico de Merenda se confirma como aquel que trasciende la teoría de Francis, en un contacto pleno con el medio, su hogar, su espacio.

Por otra parte, la niña/joven pasa por las dudas existenciales que caracterizan a todo ser humano. Toma partido en el mundo de la selva por aquellos con los cuales comulga plenamente a pesar del respeto que pueda ofrecerle ese mundo de pájaros, de culebras, de ciervos, de variedad de animales con los cuales comulga cada día. Por tal razón, en algún momento, sacrifica a una serpiente que se alimenta de huevos de pájaro, pues la considera, si bien necesaria, “injusta” de alguna manera. Es el antagonismo que la marca en medio del paraíso que la circunda.

La convivencia del día y la noche son también parte de los antagonismos que mueven a reflexión a Merenda, en tanto la “batalla” por la supervivencia caracteriza el devenir de los animales y las demás criaturas de la selva. Las serpientes que devoran a pájaros y otras criaturas; los animales indefensos que sucumben ante otros que los depredan, los murciélagos que chupan la sangre de otros animales o el tigrillo que caza a los más débiles y desvalidos. La noche se convierte en la pesadilla de ella, mientras el día le devela las grandes maravillas de la selva y la emergencia de los animales bellos con los cuales comparte durante tales horas. Sin manifestarse abiertamente en el texto, simbólicamente el hombre representa o confluye con esos depredadores que cazan la inocencia de los habitantes de la selva, y los somete.

El Humanismo plantea un aprender a ser crítico, a tomar conciencia, a descubrir y redescubrir el entorno. Merenda es el símbolo de este, capaz de cambiar la actitud de Francis, que termina por asimilar el mundo de ella como suyo, desde una mirada de aprehensión, y no solo distante. De ninguna otra forma terminan por consolidar su unión en medio de un mundo maravilloso, majestuoso, pero al mismo tiempo hostil y peligroso.

La contraposición de lo que representa la visión de mundo de Merenda en relación con el ser simbólico de la naturaleza la lleva a manifestar su descontento con algunos de los actos de esta, a la cual reprocha indirectamente nutrir a ese mundo selvático, no de criaturas bellas sino de aquellas otras que se convierten en devoradoras de las más débiles. Es la madre ante la cual se revela, según lo manifiesta a Francis:

-No, ella es como una madre que ha dado a luz a multitud de hijos sin importarle que vivan feliz o miserablemente, o si no viven del todo. En vez de proveerlos adecuadamente, ha dispuesto a la mayor parte de ellos contra otros como depredadores y sus víctimas. Amo a muchos de los hijos pero no puedo realmente amar a una madre semejante. ¿Puedes tú? (Skutch, 1997, p. 79)

El don de Merenda de comunicarse con el entorno natural la lleva a ser parte de un mundo al que aspira Francis, que debe pasar por un proceso de redención para “ganar” no solo la confianza de Merenda, sino de ese medio anhelado pero ajeno y desconocido al mismo tiempo. La unión final de ambos es el símbolo de lo que representa la posibilidad de comunión entre el blanco y la naturaleza, a pesar de que Merenda posee igual condición de blancura que la de su prometido. Quizás por lo que representa la forma de asimilación tal que ha logrado, que la lleva, a pesar de su diferencia en relación con el entorno, a asimilarse por completo con este. Es el símbolo de una diferencia que logra transgredir el espacio de lo imposible y pasa a formar parte de ese mundo distante, construido desde el pensamiento del hombre blanco, quien le asigna esa lejanía imposible de diálogo para someterlo desde su discurso de poder.

La propuesta de transgresión de Francis, en tanto manifiesta a Merenda la posibilidad de vivir con él en otro espacio, representa la oportunidad de una trascendencia de ella a un espacio que no le resulta del todo ajeno, aunque sí perdido en la memoria. Es el mundo de sus padres. La unión con Francis representa esa salida a un mundo que le representa un rompimiento con subida y su devenir, pero al cual accede en tanto su traslado no es la renuncia a la selva.

Tras la aparición de lo menos importante, surge la posibilidad de un nuevo conocimiento que escapa al saber de Francis. Merenda le enseña la importancia del guarumo, al menos para ella y como hábitat para muchos animales e insectos, aun cuando muchos lo consideren como maleza, según lo indica el propio Francis. Es la aprehensión de un saber que a muchos resulta inasible.

En verdad, Francis realiza un viaje, un tránsito, pero no físico por la selva, sino simbólico, que representa la adquisición de una visión de mundo al cual ha deseado acceder, pero que solo con el encuentro de Merenda logra asimilar plenamente. En ese viaje aprende no solo lo hermoso, como el encuentro de la felicidad al lado de la mujer a la cual desea unirse, sino que con esta descubre también la barbarie que los hombres blancos han dejado en su viaje de muerte y degradación por ese mismo medio. Es la acción de la brutalidad en la cual otros encuentran algo similar al placer de matar por matar:

El forastero descubrió a una bandada de esos monos negros que braman ruidosamente, comiendo hojas en las copas de los árboles. Alzando el arma de nuevo, disparó a una mona con un monito sobre la espalda. Mientras agonizaba, ella se colgó de una rama con manos y cola, como si no quisiera herir a su hijo cayendo al suelo con él, pero el pobre pequeñuelo ya estaba muerto. (Skutch 1997: 118)

A partir de lo anterior, se va construyendo, de manera cada vez más evidente, la idea de que efectivamente Merenda y la selva representan, ante los ojos de Francis, una confluencia inevitable. Ambas se interrelacionan y confluyen en una misma percepción, y se vuelven imprescindibles para el joven científico:

Su amor por Merenda habíase tornado tan clamoroso y puro, tan profundo y permanente, como su amor por el cielo azul y la Tierra verde, los cantos de los pájaros y la frágil belleza de las flores, por todas las dulces influencias de la naturaleza, duraderas o fugaces. La veía tan indispensable para su felicidad continua como lo eran todas esas cosas, cuya necesidad había determinado el curso de su vida. Vivir sin ella era una perspectiva tan sombría como la de vivir donde el sol nunca brilla alegremente en un cielo azul ni algo verde cubre la tierra desnuda, donde ningún pájaro canta y ninguna flor prospera. (Skutch 1997: 133)



Lentamente, Francis va aprendiendo de ese mundo, y es por ello, por lo que su primera aceptación plena por parte de Merenda representa para él un fracaso. Su proceso de aprendizaje no ha culminado. Aún no logra ser parte fundamental de ese mundo ajeno al cual aspira pero del cual no es todavía digno por completo. Debe pasar por un proceso de redención que logre constituirse para él esa incorporación al mundo de su amada. De allí la reiteración de Merenda como naturaleza y naturaleza como el símbolo de la mujer a la cual ama. Es un proceso de comunión inevitable. Para ello, Francis debe ser aceptado por el medio, por esa naturaleza que se le muestra agreste en ese viaje de aceptación necesario, pero al cual confluye con la ayuda de Merenda:

¿No crees que si nos esforzamos duro podríamos acercarnos más a lo que deseamos ser? Tú y yo nacimos en lugares bastante separados y nos criamos en circunstancias muy diferentes. Yo nací en el bosque y crecí como una compañera de juego de otras criaturas, con el resultado de que llegué a conocerlas bien y a ser aceptada como una de ellas. Tú naciste en un país donde, según me has dicho, la mayoría de la gente vive lejos de las criaturas silvestres y por mucho tiempo ha sido enemiga de ellas. Tú comenzaste más tarde que yo a amar y comprender a los pájaros como lo hago yo. Por consiguiente, necesitarás un tiempo más largo para que ellos confíen en ti como confían en mí...(Skutch, 1997, p. 176)

La aspiración al paraíso de la selva, por parte de Francis, contrasta con la posibilidad de que Merenda renuncie a ese mundo de ensueño, con tal de viajar al lado de su esposo futuro. El viaje al mundo de los blancos no implica, sin embargo, la renuncia, sino un cambio, un nuevo proceso de conocimiento que ahora se desplaza a Merenda y no a Francis.

En su viaje de purificación, para ganar el amor de Merenda y merecer el matrimonio y la unión con esta, Francis se aleja de ella y recorre diversas tierras. En uno de esos viajes percibe la barbarie que representa la cacería de pájaros para consumo de algunos pocos. Engañan a las aves y las atraen al fuego, a la luz, y allí los derriban con golpes de garrote hasta matarlos o dejarlos agonizantes. Su reclamo a estos cazadores exige justicia y enfrenta la ilógica de actos en los cuales la violencia causa la muerte de las pobres aves que, en definitiva, poseen muy poca carne para alimentar a familias enteras. Se horroriza ante lo que representa la violencia de un mundo descarnado, al cual él no aspira, pero ante el que no puede permanecer en silencio.

Paulatinamente adquiere el derecho de pasar a formar parte de un mundo que le ha sido esquivo, no totalmente, pero sí como nuevo espacio vital, su espacio existencial:



Con alegría, Francis montó sobre el paciente Sigüamonte y se encaminó en dirección al río color turquesa y a su novia, hacia aquel bosque majestuosos donde la había dejado, aquellos rememorados senderos por el río y la montaña donde él había vagado con ella y aprendido a amarla, como también a las cosas que ella amaba. Se sentía más digno de ella, ahora que la duración de su amor había sido puesto a prueba por la ausencia y el trabajo. Sus labores lo habían hecho más fuerte, sus manos más duras para soportar las tareas de su finca, sin disminuir su receptividad a las bellezas y benignas influencias de la naturaleza (Skutch, 1997, p. 196)

Finalmente, la ceremonia, pasada por el “filtro aprobatorio” del tortolito, afirma y reafirma, a plenitud, la comunión lograda por Francis y Merenda. El ganar el amor de su novia es ganar la inocencia selvática, así como la comprensión y simpatía para con la naturaleza por parte de Merenda, tal como el propio Francis lo señala. Es lograr su acercamiento total a una selva que lo acepta y lo acoge. Es una relación de diálogo finalmente lograda. Es el triunfo de un amor que termina por entronizarse en el espacio de una selva que adviene tierra prometida. La “apertura” de Francis es su forma de ser aceptado, y de aceptarse en su nueva condición. Su encuentro con Merenda es la evidencia de un proceso de aprendizaje, de una lectura que lo enriquece y que le permite asimilarse a un mundo ajeno, pero del cual se apropia, y es “apropiado” por este.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bodas, L. (2012). “Humanismo, humanidad, humanitarismo. Los avatares de la idea de los derechos humanos en Jacques Ranciere”, en *Humanismo/animalismo* (Miguel Cereceda, Tomasso Menegazzi, editores). Madrid: Arena Libros. Páginas 185-20.
- Chavarría, G. (2010). *Literatura y humanismo en el Siglo XXI*. San José, Costa Rica: s.e.
- Espinosa Brilla, D. (2003). “Humanización de la Educación en las Humanidades”. *Revista Girasol*, Volumen I, Abril 2003, Extraordinario, pp. 141-147.
- Skutch, A. F. (1997). *Merenda. Un romance en las selvas del trópico*. San José, Costa Rica: Halder Books.
- Valembois, V. (2007). *Vigencia y vivencia del Humanismo*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.